

ta de noviembre, que se llama tambien la fiesta de los muertos. Entonces vamos á los cementerios y recogemos nuestra alma en los recuerdos y consagramos una oracion á los muertos. Todo es sombrío, todo triste. Pero así como bajo la escarcha se oculta y germina la semilla, que lleva las espigas, bajo el sepulcro se oculta y germina la resurreccion, que lleva en sí la inmortalidad. Todo renace en el universo; y todo renace en el alma. La vida es una trasformacion y un renacimiento continuos. La tumba es una larva, de la cual sale una alma que estiende sus alas en lo infinito y llega hasta las cimas de la gloria. Ya que la vemos, creamos en la resurreccion universal. Y alabemos á Dios en cuyo seno se despertarán y se trasformarán nuestras almas. Si, el sentimiento de la naturaleza concluye por convertirse en puro sentimiento religioso. Por eso asistimos con tanto interés y presentamos con tanto empeño esta época en que el sentimiento de la naturaleza renace en almas como el alma de Filippo Lippi.

CAPITULO XIV.

Una Profesion y una Boda.

Llegó por fin el dia de celebrar en la iglesia del *Carminé* la profesion de Fra Filippo Lippi y en la iglesia de San Giovanni el matrimonio de Lucrecia Butti con Guido Montaperto. Desde el amanecer las campanas del monasterio repicadas al vuelo anunciaban con su tañer jubilosísimo que una nueva alma se desasia del mundo para asirse al cielo. Y desde el amanecer los preparativos que en torno del palacio Butti se veian, los parientes que llegaban, los bancos que se ponian á la puerta para los invitados, las comparsas de músicos y juglares decian tambien que se verificaba allí una espléndida boda. Ardía pues Florencia en curiosidad por ver los dos espectáculos, que si bien constantemente iguales, parecian constantemente nuevos. Mas imposible asistir á las dos ceremonias, porque las dos se disponian de suerte que iban á celebrarse en el mismo instante. A las once de la mañana era la misa en que Lucrecia debía unirse indisolublemente con Guido, y á las once de la mañana era tambien la misa en que Filippo debía pronunciar sus votos irrevocables y eternos. Para los curiosos tenia poderoso incentivo, la boda, el lujo fabulosísimo que debía realzarla; y poderoso incentivo la profesion, el elocuente discurso que debía pronunciar el Prior del *Carminé*, reputado por su maravillosa elocuencia. Pero divididos entre ambos espectáculos, ibase el mayor número á la boda, solicitado por los recreos de la vista, mas apetecidos que los recreos del espíritu.

No necesitamos decir cuán atareada estaria en aquella ocasion Brígida, la buena Brígida, el alma de la casa; y cuán embargado el caballero Butti, implacable sacrificador de su hija. Ambos á dos se habian levantado con el

alba yendo de aquí para allá, á fin de disponer todo lo necesario al mayor realce de la fiesta. Solamente dormía Lucrecia, como si quisiera en el sueño y por el sueño fortalecerse para tomar decisivas resoluciones. Padre y dueña veían como se iba aumentando la tristeza de la jóven á medida que se acercaba el día de la ceremonia; pero padre y dueña aguardaban del tiempo y de su poderoso influjo el alivio á semejante enfermedad.

—¿Todo está dispuesto?

Preguntaba Butti.

—Todo.

Respondía secamente Brígida.

—No se quejará mi hija de su padre.

—En verdad Florencia entera está maravillada de la dote que le dais.

—Como no se ha dado ninguna otra.

—¡Veinte mil libras!

—No entra descalza en su castillo feudal.

—Todo lo merece. Ninguna mas limpia en Toscana, como que todos los días se lava tres ó cuatro veces. Ninguna mas hacendosa ni que sepa coser, bordar, respuntar como ella. No conozco criado ni criada, que en disposición para servir una mesa pronto y bien, pueda compararsele. Los mejores lanceros no manejan como ella un caballo, ni los mejores cazadores llevan con la gallardía que ella su halcon en la mano. Lee como un corista, escribe como un notario, cuenta como un mercader; reza como una monja. Sabe de memoria todas las oraciones de la iglesia; lo que no sabe, es teñirse las cejas, agrandarse los ojos, revocarse las mejillas, convertirse en retablo. Su educacion se diferencia de la educacion general en todo. Mientras la mayor parte de las jóvenes tienen por costumbre estar en visita como en misa, tiezas á guisa de huso, silenciosas, indiferentes, mas parecidas á estatuas que á personas, ella departe de todo y con todos en tal manera, que sus rivales, por burla, suelen llamarla doctora, título que le pone la envidia y que merece su extraordinaria ciencia. Pero, en vez de pasar como ellas el día de fiesta jacareando, sentadas á la puerta de la calle, dispuestas á dar mil vociferaciones insulsas y á hacer mil gestos indecentes, lo pasa entre la lectura y la oracion, como Dios manda, despues de haber ido á dos misas lo ménos por la mañana y á vísperas y á completas por la tarde.

—Yo comprendo, dijo Butti, la resistencia de Lucrecia al matrimonio, porque dificultad grande se encuentra seguramente en trasplantar flor tan delicada del palacio de su padre al castillo feudal de su marido. Mas, por lo mismo, hele buscado el caballero mas cumplido de toda Toscana, el gentil-hombre más valiente, el castellano mas poderoso, el amante mas rendido, el mejor de los hombres.

—Pero ya sabeis como somos las mujeres; nos gusta buscar la felicidad por nosotras mismas y nos disgusta que se entrometan ajenas gentes.

—Mas si un padre pertenece á las gentes ajenas ¿á quiénes podrá llamarse gentes propias?

—Mirad, señor, me habré explicado mal; pero hablaré claro y alto: entiendo por ajenas gentes todas aquellas que no sean el amante elegido con libertad entera por nuestro propio corazon. Eso entiendo y no ninguna otra cosa. De esa persona hablo y no de ninguna otra.

—Yo deseaba que ella por sí misma hubiera elegido el que le tenia designado mi sábia prevision. Le traje á la casa, y le mostré á sus ojos. Inútil empeñó. Mi hija con toda esa educacion que tú alabas, á causa quizá de esa educacion misma, se habia enamorado de un fantasma sin realidad y sin vida, en vez de enamorarse, como parecia natural, de un gallardo mozo con mucha juventud, mucha fuerza y muchísimo dinero.

—¿Qué quereis? Ponedle puertas al campo. Más fácilmente se manda en millones de hombres que en el estrecho corazon de una sola mujer, donde sólo cabe una persona, y á veces ni siquiera una persona, en que sólo cabe una ilusion.

—¿Qué agente matrimonial, que mezzano preferible á su padre? Yo le habia arreglado matrimonio único. Y opone ciega resistencia. Ayer, cuando debí mandar su nombre y el nombre de su marido al oficio civil, juntamente con la lista de invitados que habia escogido, no pude sacarle una palabra del cuerpo, ni conseguir que hiciera la menor indicacion conducente al brillo de la ceremonia.

—Ya lo ví tambien el día en que recibió con el anillo la promesa irrevocable del enlace. No pude conseguir que probara un confite. Bailó de pura ceremonia con su novio y fué luego á confundirse entre todos los convidados, presa de invencible melancolía. Más que las perlas de su torneada garganta brillaban las lágrimas de sus ojos.

—Y sin embargo, hay que vencer esa resistencia, pues no es posible encontrar esposo tal como Guido. Las antiguas leyes longobardas disponian que al día siguiente de la boda, en pago á su virginidad, el marido entregase á la mujer el cuarto de su hacienda. Tal disposicion habia caído entre nosotros en desuso, tanto que, segun abogados de nota, no se aplica desde hace tres siglos. Guido, sin embargo, la ha resucitado, fundándose en prescripciones más ó ménos claras del derecho consuetudinario de su familia. Y le entregará á Lucrecia la cuarta parte de sus bienes, casi, casi un imperio. Y esto es más de agradecer entre toscanos, acostumbrados á impedir por antiguas tradiciones romanas, unidas á nuestras propias tradiciones, que le mujer tenga cuantiosas herencias, porque en sus manos pasan fácilmente, merced al matrimonio y al amor, de las propias á las ajenas familias.

—Van llegando los convidados.

- Y Lucrecia todavía no está lista.
- Como ha pasado la noche en insomnios continuos, duerme de madrugada.
- Pues despiértala y vístela. No es cosa poco larga un traje de novia. Dile que no haga esperar hoy á toda Florencia suspensa de la fiesta de la boda.
- Obedeció puntualmente Brígida y se fué á la estancia de Lucrecia, llamándola á grandes voces.
- ¿Qué me quieres?
- Quiero que te levantes.
- Ya estoy á tu disposicion. Vísteme como quieras.
- No habrá visto otra novia igual nuestra ciudad.
- Esos ricos trages que vosotras creis de boda, me parecen á mí trages de entierro.
- Vamos, sacude tal tristeza.
- Es invencible.
- Dijo Lucrecia meneando tristementé la cabeza.
- ¡Cuántas joyas!
- Pues con ninguna de ellas se compra un corazon.
- ¡Cuánta riqueza!
- Pues no puede llenar el más humilde y sencillo de nuestros deseos.
- ¡No te llaman la atencion esas galas!
- ¿Me la llamarán si fueran para mi mortaja? Mas vivir desdichada, en perpétua contrariedad, es peor que la muerte.
- ¡Animo! ¡ánimo!
- Ya me animo.
- ¿Ves como al cabo entra la conformidad?
- Me animo porque he tomado una resolucion irrevocable.
- ¡Lucrecia!
- Sí, una resolucion á la altura de mis sentimientos y en obediencia á mis deberes.
- No sé porque tengo miedo. Lucrecia, á toda resolucion deben prece-
der grandes meditaciones.
- ¿Qué hice si nó meditar desde que este asusto se empeñó con tal ahinco?
- Y despues de las meditaciones, las consultas.
- Eso no.
- ¿Cómo que no?
- No, mil veces.
- Tales pueden ser las resoluciones.
- En fin....
- ¿Te vistes?

- Sí.
- ¿Te preparas para ir á la Iglesia?
- Sí.
- Vamos.
- Mira, ya enjugo mis ojos.
- ¡Qué hermosos!
- Ya sonrien mis labios.
- ¡Qué admirables!
- Vísteme como quieras.
- Voy á vestirme como una imágen.
- Ahora verás si estoy alegre.
- De suerte que la tristeza de estos dias vá á disiparse.
- Ya volveremos con gran regocijo.
- Será esto una boda.
- Completamente.
- ¡Cómo me alegro de que el cielo te devuelva la alegría!
- ¿No sabes lo que sucede en las enfermedades graves?
- ¿Qué sucede?
- La salud parece volver poco ántes de la agonía.
- Es verdad.
- Y se llama á esa mejoría, la mejoría de la muerte.
- Es verdad.
- Pues así es mi alegría, la alegría de la muerte.
- ¡Si vieras al marido!...
- Perdona, Brígida, no es mi marido todavía.
- Lo será.
- ¿Quién sabe?
- Pues le llamaré el novio.
- Llámale como quieras.
- Una gorra que parece de un Dux veneciano, toda de perlas bordada, le ciñe la cabeza. Una túnica de terciopelo carmesí le ajusta el cuerpo. Una toga de brocado de oro, abierta á los costados, le cae del cuello á las plantas, y le arrastra en rozagante cola.
- Pues vísteme á mí como te plazca.
- No, como quieren los usos y las leyes de Florencia.
- Vísteme pronto.
- Te partiré en dos el pelo sobre la frente. Te dejaré caer en sedosos rizos la hermosa cabellera sobre la espalda, como el mejor de tus adornos. De las orejas penderán unos zarcillos orientales, que por los cambiátes de luz producidos en sus facetas, den á las mismas estrellas envidia. Un collar de perlas, no tan blancas como tu pureza, pero bellísimas, se enroscará á tu garganta. El traje será de raso blanco todo escarchado de plata. Y des-

de el pecho á los piés te caerá una estrecha dalmática de escamas de oro que deslumbren como los rayos del sol. Un velo ligerísimo te envolverá como una nube.

—Vamos, ya veo como describes los trages mismos que has dispuesto con estilo digno de cualquier cuento ó novela.

—Chanceadora, y de buen humor, se ha levantado Doña Lucrecia en el día de sus bodas. Pero si mi estilo es de novela, achácatelo á tí misma que tantas y tan varias me has leído toda la vida.

—Vamos, date prisa, pues no quiero hacer esperar á nadie, y yo misma estoy impaciente para salir de este trance.

—¿Cómo desconocer el traje de Lucrecia, cuando debe eclipsar los de todas las damas presentes á su boda? Y habrá veronesas con sus velillos en forma de cimera á la cabeza, sus rosetas de oro y perlas, al pecho su manto recamado de dibujos varios de plata á las espaldas, al cinto sus abanicos de plumas; y habrá hermosas brescianas con su cuello ajustado á la usanza española; y habrá milanesas con millares de cintas de colores agitadas al soplo de los cefirillos; y habrá tanto brocado, perlas, diamantes, esmeraldas, riqueza tal que parezca el alegre cortejo una procesion de princesas. Por consiguiente necesito adornar á Lucrecia con sumo gusto, á fin de que parezca como la luna entre tantas y tan hermosas estrellas. Boda como ésta no se habrá visto igual ni ahora ni nunca en Florencia.

—Ni término de boda tampoco.

—¿Qué oigo?

—Oyeme, Brígida.

—Ya oigo.

—Pues que nadie lo sepa ántes del momento supremo.

—Nadie lo sabrá.

—No me caso.

—¿Cómo es eso?

—No me caso, repito.

—Mucho temo las resoluciones de ese carácter.

—Hay que temerlas.

—Lucrecia, piensa lo que haces.

—Ya lo he pensado.

—Deben considerarse los resultados que pueden sobrevenir

—No me importan.

—Dios ponga tiento en tu voluntad.

—He dicho que no me caso, y no me casaré. Ya puedes vestirme como quieras: que me dispongo á ir á la iglesia.

—Sea en buen hora.

En efecto, á las diez de aquella mañana, Florencia se adornaba y pulia singularmente para la celebración de una extraordinaria fiesta. Llenas se

veían las calles, ¿qué digo llenas? henchidas de esa algazara propia de los pueblos meridionales en que las gentes pretextan cualquier espectáculo para verse y hablarse unas á otras. Los servidores tanto de Butti como de Montaperto, pasaron una semana entera repartiendo invitaciones, y si bien las leyes limitaban el número de los invitados, rompíanse sus artículos con mucha facilidad por los favorecidos del poder, del privilegio y de la fortuna, yendo á las grandes bodas mucho más acompañamiento del que las tradiciones consentían y toleraban. El caballero Montaperto se presentó vestido con el traje talar que Brígida ha descrito, porque, en honor de Florencia, pensaba ir á pié á la iglesia y volver desde la iglesia á pié á su casa. En cambio los cuatro parientes que por rúbrica debían acompañarle, llevaban cuatro corceles cuyos arreos deslumbraban, y trages de montar con innumerables plumas y bandas y cintas que alegraban la vista con su agitación, semejante al dulce columpiarse de las hojas en los árboles. Lucrecia se presentó radiante y deslumbradora, con los ojos centelleantes de alegría, con la sonrisa en los lábios, tan hermosamente vestida de plata y oro, que diríase haberse juntado los rayos del sol con los rayos de la luna para hermosearla. Rodeábanla un coro verdadero de jóvenes florentinas, adornadas todas de igual manera, de tisú de plata con grandes ramages verdes y flores rosa, sobre-vestes de raso blanco bordadas de oro, que llevaban de arriba abajo hileras de broches, formadas con rica pedrería; mangas perdidas cuyos forros no mas valían un imperio por su riqueza; un pesado collar de mucho precio á la garganta, y á la cabeza una imperceptible cadena medio oculta entre los rizos con tanto arte, que diríase haber caído sobre aquellas flores un rocío de luz.

Este magnífico deslumbrador cortejo se puso en movimiento entre dos filas de curiosos, los cuales alargaban el cuello para verlo y subían sobre las puntas de los piés para dominarlo, y agotaban el copioso caudal de las áticas frases florentinas para seguirlo con sus comentarios. Mas, donde la multitud se paró formando uno de esos remolinos temibles á veces como inundaciones ó trombas, fué cerca de la casa nupcial, en el sitio destinado á celebrar la mas pintoresca entre todas las varias ceremonias de aquellos espléndidos festejos. Y en verdad que lo merecía el espectáculo. A los pocos pasos multitud de mancebos, gallardos y ataviados ricamente, como si de un bajo relieve de Guiberti hubieran huído, oponían al paso de los novios y de los convidados insuperables barreras compuestas de redes de vistosas cintas y guirnaldas de gayas flores, al par que entonaban alegre coro epitalámico, segun usanza de los antiguos tiempos y de los pueblos antiguos. En cuanto el coro se concluyó, el mas jóven, mas apuesto, mas inteligente de la banda, ceñido de veste de tisú de plata sobre calzas de tisú de oro, con gorro carmesí adornado de plumas blancas en una mano y en la otra precioso ramillete, se dirigió á la desposada para ofrecela rendido los